

HISTORIOGRAFÍA

Entrevista a Elena Hernández Sandoica

Realizada por
Alexander Pereira Fernández¹



Presentación

Elena Hernández Sandoica es una polémica historiadora española residente en Madrid, desde donde se desempeña como profesora e investigadora de la Universidad Complutense. Sus investigaciones más importantes tienen que ver con la historia política de España y Cuba en el siglo XIX, sobre ha es-

crito los siguientes textos: *El colonialismo: 1815-1873, estructuras y cambios en los imperios coloniales*; *La guerra de Cuba 1895-1898: historia política de una derrota colonial*. De igual manera tiene trabajos sobre historia contemporánea europea, como lo es su libro sobre *Los fascismos europeos*.

Sus inquietudes intelectuales también han estado enfocadas al estudio de los problemas propios de la disciplina histórica, en esta línea a publicado *Las Escuelas históricas*; y *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método*. Al respecto de este último texto y sobre ciertas afirmaciones que la autora señaló durante su conferencia en el XI Congreso Colombiano de Historia profundizaremos en la presente entrevista.

P: A manera de introducción nos gustaría que de forma rápida nos cuente un poco sobre su recorrido como historiadora?

R: Yo estudie historia antigua, eso hay que aclararlo, nunca historia contemporánea ni ninguna otra especialización, en la Universidad Complutense que es donde he seguido trabajando desde entonces y terminé en el año de 1974, luego seguí con los cursos de doctorado hasta 1975 y al año siguiente fui

¹ Estudiante Programa de Historia Universidad Nacional de Colombia

contratada como profesora no numeraria, que es lo que ustedes llaman acá en Colombia tener una cátedra: una persona con contratos bajos. Comencé a impartir clases, seguramente, en la asignatura más sensata de toda mi vida que era historia de Europa en el S. XX, ésta la dicté para alumnos de los cursos nocturnos en unos años en que la Universidad estaba muy movida política e ideológicamente en general.

Franco ya había muerto, pero en cualquier caso esa era una Universidad muy diferente a la que hoy tenemos, luego ya tardé tiempo en hacer mi tesis doctoral, porque tenía mucha docencia, ésta fue sobre política colonial española en la última fase de la dominación colonial en Cuba, la cual leí en 1982. Ya como doctora empecé a subir puestos en el escalafón hasta hoy que hace ya un año que tengo el rango superior en mi departamento en el mismo en el que empecé a trabajar, curiosamente en historia contemporánea y no en antigua, que es lo que mi licenciatura había facilitado, pero en fin, por azares de la vida me contrataron en ese departamento y ahí me he dedicado desde entonces.

P: Del libro que de usted se conoce acá: "Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método", puede decirnos ¿qué es en historia lo viejo renovado y lo nuevo viejo? ¿Cuáles son los problemas que hoy podemos considerar los mismos?

R: Si, vamos a ver si puedo responder en poco tiempo a algo tan complicado y tan profundo. En primer lugar tendría que aclarar que yo digo en el libro que lo escribí para los estudiantes, entonces los pobres estudiantes caéis en la trampa y os lo leéis, esto es en broma, pero lo cierto es que el texto está dirigido para los colegas en un momento -hablo de los años 1992-1993- en el que en España se discutía mucho sobre la novedad y las nue-

vas corrientes historiográficas, cuestión que a mí me enfadaba mucho, pues no me gustaba ver que a todo se le llamaba nuevo, sin saber realmente mucho sobre los fundamentos epistemológicos e historiográficos sobre los cuales se había ido constituyendo la profesión a lo largo del siglo XIX y XX. Por lo anterior me interesaba dilucidar sobre cuáles son los problemas de realismo o no realismo en historiografía; de individuo o no individuo o grupo social, esto es, cuáles son los problemas básicos. En ese sentido surge mi juego sobre lo nuevo y lo viejo que acaba de aparecer presentándose con vestido novedoso. Todo esto tenía que ver con esa denuncia que yo hacía de la peor manera, donde me interesaba develar la ignorancia de muchos de nosotros cuando se discutía sobre la novedad en la disciplina.

Hoy por ejemplo, Barbará Weinstein², decía en su conferencia que "hay que referirse siempre a las interpretaciones que ya existen antes de entrar a discutir las nuevas". Ella lo dijo en otro sentido al que yo me refiero, sin embargo, en cualquier caso es claro que ni la novedad es muchas veces tal en la profesión, porque siempre está rescatando problemas constantes de la historiografía. Por ello, lo que consideramos viejo y arrumbado realmente no lo es tanto porque vuelve a aparecer, una muestra de esto es la irrupción de los "nuevos" historicismos que parten de las universidades norteamericanas, y que en este caso tienen que ver con el auge de la literatura, lo textual, el giro lingüístico y demás cuestiones que en el fondo tampoco son tan nuevas cuando se aplican a usos historiográficos concretos.

Es fácil entonces darse cuenta que a veces nos parecemos más a historiadores del siglo XIX, cuando estamos introduciendo esa última novedad, que a nosotros mismos hace veinte años. A este respecto me parece muy

² Profesora Universidad de Maryland. Ponencia: *La construcción de nación en América Latina desde la historiografía norteamericana*. Presentada en el XI Congreso Colombiano de Historia.

ilustrativo lo que decía Bárbara en su ponencia: "cuando yo hacía historia en la que la economía estaba en el centro", pues resulta que a casi todos nos ha pasado lo mismo, que hacíamos historia con la economía en el centro y ahora no, y actualmente eso es lo que vendemos como novedad exquisita, extraordinaria, recién importada, recién inventada, lo cual resulta realmente no ser tan nuevo. Entonces, mi llamado va en el sentido de decir ¡atención! no es necesario que estemos constantemente dándole vueltas a la historia de la profesión, de los problemas epistemológicos y de las otras disciplinas, pero sí que lo tengamos siempre ahí como referente y que de vez en cuando pensemos en ello, porque ni lo nuevo es tan nuevo muchas veces, ni lo viejo resulta que deja de aparecer por la puerta de atrás, pues a veces se nos cueca por la "batea".

Ahora bien, hay que tener en cuenta que muchas veces vendemos simplemente con etiqueta de nuevo cosas que el mercado acepta bien, puesto que al colocarles la etiqueta New, New, New, ... a la americana optemos casi una garantía de venta, cuestión que personalmente me enfada, porque eso me parece profesionalmente ilegítimo, o sea, deontológicamente insano, ¡eso es jugar con trampa!, pero de hecho se vende más. Así pues, con todos estos elementos de contexto —digamos que he explicado mis elucubraciones, en aquel momento en que se discutía sobre la modernidad, la posmodernidad y los orígenes de las ciencias sociales, y con ellos los problemas de lo nuevo y lo viejo.

No sé, hay otra parte de la pregunta que se me ha olvidado...

P: Sí, falta una parte, ¿cuáles son los problemas que en historia podemos considerar hoy los mismos?

R: Bueno, los problemas que vienen siendo los mismos o, porque no decirlo, el problema central en la historia es el de cómo llegamos a la verdad, cómo poder reconstruir in-

cluso fragmentariamente el pasado, porque hoy prácticamente todos tenemos claro que no reconstruimos totalidades, globalidades y cuando digo todos pienso en el panorama de mi país o en un panorama europeo occidental. Lo que quiero decir es que tenemos muy claro el carácter de fragmentariedad de la reconstrucción histórica, hoy no hacemos historia total ni global, esas son palabras que ya no mencionamos. Bueno, siempre recordamos que la escuela francesa de los annales: Febvre, Bloch, etcétera, hablaban de historia total o global, pero lo dejamos ahí, a un lado, ya que eso no se ha podido cumplir.

Sin embargo, el problema sigue siendo la "verdad". Cómo llegar no ya a la verdad total o la que integre todos los aspectos de la realidad, sino a una serie de fragmentos o cadenas de verdad que sean capaces de reconstruir los elementos lo más realmente posible, lo más acomodado a lo que fue, teniendo siempre en cuenta que nuestras huellas son de carácter textual. Lo cual resulta ser un problema añadido a la verdad, ya que no llegamos a ella como creíamos antes, esto es, de manera directa tocándola con los dedos, sino a través de mediaciones, me refiero a los textos del tipo que sea.

P: ¿El comentario que acabó de hacer sobre la Escuela de Annales tiene algo que ver con eso que afirma en su texto sobre el hecho de que esta escuela ha terminado en una ortodoxia?

R: En muchos casos en una ortodoxia y más que en una ortodoxia, porque la ortodoxia le viene por el refuerzo que el marxismo le proporciona en ocasiones. No obstante, a veces ha habido productos muy interesantes, por ejemplo investigaciones sobre historia de las mentalidades, me refiero específicamente a los libros de Michel Vovelle sobre la Revolución Francesa, el imaginario colectivo, la pérdida de la religiosidad, etcétera. De la misma manera existen otros productos muy interesantes que tampoco podríamos decir que son inflexibles, ni ortodoxos.

Creo que *Annales* se convierte en una ortodoxia desde el momento en que los historiadores franceses consideran -sobre todo por influencia de Braudel- que fuera de su modelo histórico no hay nada, nada aceptable y eso es lo que durante los últimos cuarenta, cincuenta, sesenta años se ha venido abajo. No obstante, los propios historiadores franceses que no han renunciado a su etiqueta - eso los franceses lo hacen muy bien, una vez que patentan algo no renuncian a ello y eso es sabio, también de cara al mercado ¡eh!, al mercado científico- son los que han levantado "la libre" de la fragmentación, de la dispersión y la pérdida de globalidad.

En ese sentido vemos como desde hace ocho o quizás diez años estos historiadores han lanzado los primeros "mea culpas" o llamados de atención internos sobre esa pérdida. Sin embargo, de manera bastante resignada, por ejemplo, los podemos escuchar diciendo "ya no somos ortodoxos, ahora lo que estamos es despistados, desconcertados", a lo cual le agregaría que están absolutamente despistados, yendo de aquí para allá.

Un caso muy interesante sobre este fenómeno es el del historiador cultural Roger Chartier, quien es uno de los historiadores de *Annales* menos heterodoxo, que no renuncia a su etiqueta como ningún otro. Pero que en función de la utilización bastante razonada y bien impostada de los términos de práctica y representación, ha cambiado verdaderamente el horizonte final de los *Annales*. Él aclara muy bien esa transformación final de la escuela de los *Annales* "final de momento" que tiene otra vertiente también importante que tiene que ver con esa pérdida de ortodoxia que es el cambio de escala, renunciar a las grandes visiones estructurales que todavía

venían renqueando hasta hace muy poco y pasar a análisis mucho más particulares, mucho más micro y allí por ejemplo los mejores estudios de historia de las mujeres son de este tipo, un buen ejemplo lo proporciona una historiadora como Arlette Farge. Ustedes ven, ya no hay ortodoxia en la escuela francesa, sólo hay etiqueta..

P: Acabó de decir que en España ya no existen pretensiones en cuanto al carácter total y global de la historia, sin embargo, entre nosotros se han discutido las obras de historiadores españoles como Josep Fontana, Julián Casanova y Julio Aróstegui, quienes contradicen esa visión que usted pretende mostrar de la historiografía española. ¿Qué opinión le merecen estos tres autores?

R: Habéis traído a los tres nombres especialmente indicados para negar lo que acabo de decir, pero si nos referimos al conjunto y valoramos la producción de la historiografía española de los últimos años, lo que sale a flote es que quedan muy pocos historiadores que se parezcan a Fontana, Aróstegui o a Casanova.

Julio Aróstegui a quien quiero mucho y, además, es compañero de Departamento en la Universidad y contra el que está escrito en parte el libro verde *Los caminos de la historia. Cuestiones de historiografía y método* y contra mí a su vez, él ha escrito su libro amarillo "*Historia, teoría y método*"³, sigue vinculado a la idea de la Filosofía de la ciencia post-popperiana, que fue muy importante en los años 60's y 70's, cuando tenía mucho todavía de esa fundamentación científica la idea de que se puede construir una ciencia social unificada. Eso es Aróstegui, pasado por la Escuela de *Annales* y con un poquito más en el cóctel de Manuel Tuñón de Lara⁴.

³ Lo de verde y amarillo en Colombia no se conoce por que los textos sólo han llegado en fotocopias, pero están escritos a la par y dedicados a los estudiantes de la Universidad Complutense de Madrid.

⁴ Manuel Tuñón de Lara fue un historiador marxista español que escribió sobre la historia de España de los siglos XIX y XX. Él fue comunista y tuvo que exiliarse desde 1947 para luego retomar en los años 70's. Fue el historiador más influyente de la generación de historiadores de Julio Aróstegui y Elena Hernández Sandoica.

En el caso de Julián Casanova, tenemos que es uno de los historiadores marxistas que no se ha arrepentido en los últimos diez años, además, es un develador y luchador constante contra lo que él entiende como mistificaciones de la historia social a través de la sociología histórica o de otras influencias anglosajonas mucho más diluidas y sociologizantes.

Él conoce la historiografía inglesa y defiende como modelos de trabajo la obra de Thompson básicamente, pero también la de Hobsbawm, yo aprovecho para decir que me quedo con Thompson pues me parece menos estructuralista y por lo tanto más real, entonces, mejor modelo para los historiadores.

El tercer caso ni lo comento, pues Josep Fontana es comunista militante y tiene una posición de "anti-cualquier cambio", de cualquier mestizaje en la historiografía que no pase por el marxismo. Creo que quedan muy pocos historiadores que por ejemplo hagan historia con el libro de Aróstegui, con ese manual que en principio está preparado para que el estudiante de historia empiece a trabajar en historiografía. Bueno, pues, eso no se aplica.

P: Usted dice que su libro no pretende ser un tratado, un manual, ni mucho menos una propedeútica. ¿Entonces, que pretende ser?

R: Es una serie de reflexiones vertidas muy rápidamente, producto de mis notas de clases, de mis apuntes y de los trabajos que yo iba realizando con mis estudiantes. Así pues, lo que se encuentra en ese libro son guiones de clases, reflexiones conjuntas y al final el intento de armazón colectiva de todo eso, por ello sé que ese engarce es muy deficiente, por eso propongo que se lea primero el capítulo tercero o el segundo o ¡ninguno!, que se tire a la basura una vez conseguido, en fin todo eso tiene que ver con mi práctica docente, por lo tanto si yo

vuelvo a trabajar nuevamente sobre ese texto sale otra cosa.

P: Entonces si hiciera nuevamente el texto, ¿qué cosas le agregaría o cuales le quitaría actualmente?

R: No le agregaría nada, le quitaría mucho, porque afortunadamente se ha producido una clarificación del debate, no sería tan vana como para decir que gracias a mi texto, pero lo cierto es que se han aclarado bastantes las cosas en España que es la que me importa desde el punto de vista de lo que me preguntas, entonces, sería mucho lo que retiraría y, no tendría un aire tan combativo porque creo que ya no es necesario ponerse tan nerviosa como yo me ponía en aquel momento. No pienso reeditarla, lo que si haré en breve es escribir una especie de manualito, que me parece que será más útil para comprender las nuevas corrientes y los problemas de fondo en la historiografía tal como yo lo veo, eso lo tengo proyectado para dentro de un año.

P: Teniendo en cuenta que la falta de rigurosidad académica es un mal que afecta a las sociedades hispánicas, ¿cómo percibió usted dentro de la comunidad de historiadores españoles la lectura de su libro?

R: En primer lugar eso parecía impropio que lo escribiera una mujer que, además, todavía no había llegado al rango más alto de la profesión, era un riesgo y como tal hay que entender que fue recibido, así que aquellos colegas a los que le preocupan los riesgos simplemente no lo leyeron o lo ignoraron.

También sucedió que marxistas desorientados, jóvenes estudiosos que están haciendo sus tesis con gente que maneja el marxismo como elemento único de trabajo no mezclado, no mistificado, gente para la que había sido escrito el libro de Josep Fontana "La historia después del fin de la historia", en el cual el autor dice que lo ha escrito para que

no se despisten los estudiantes que estaban deprimidos, bueno, pues sucedió que este tipo de historiadores se deprimían aun más con mi libro, me decían "el texto es triste, deprime, baja la moral." Estos fueron los matices generales del recibimiento.

En lo particular fue muy bien recibido por la Escuela de Navarra, por medio de Ignacio Olávarri, quien es de los historiadores españoles el único que ha publicado en *History and theory*, que es una de las revistas importantes para discutir de estas cosas. Él hizo la mejor crítica y reseña bibliográfica que me han hecho nunca.

Así que tengo en mi haber, yo que soy una mujer reputada de izquierda y que parte de los riesgos que asumo pueden ser entendidos como políticos, la conquista del *opus dai* y los mejores apoyos académicos en esta cuestión, o sea, que así de contradictorio es todo, de todas maneras siempre que se ha discutido algún punto en concreto, creo que me han dado la razón.

P: En la conferencia que usted dictó para el XI Congreso colombiano de historia, afirmó que la historia debe pensarse como un acto ético y político a la vez, y no como una ciencia en transición, mas bien como un saber de mosaico que debe a las ciencias sociales sus poderes, sus fuerzas. ¿Puede profundizarnos en esto?

R: Esa es una perspectiva neohistoricista como os decía allí, aunque muy rápidamente, que yo he descubierto después, a la que le he puesto nombres y apellidos, el de la historiadora cultural Lin Han, que está citada en la ponencia, después de que yo la hubiera formulado así en algunos de mis propios trabajos empíricos, por que a mí la teoría me encanta, bueno, mi primera vocación fue la de filóloga, la segunda filóloga o a la inversa, nunca recuerdo ya bien, y llegué a la historia antigua a través de la filología, o sea, que en ese sentido creo que mi posición neohistoricista

está justificada por mi interés en los textos, las palabras, la narración, la manera en que decimos las cosas. Pero creo que a estas alturas lo sincero, también lo pragmático, ¡atención eh!, lo que permite trabajar con lo que hay es reconocer que convivimos dentro del marco general de la historiografía sensibilidades distintas, métodos y encajes teóricos muy diferentes y que en ese sentido lo que tenemos es un mosaico. Ahora, de ese mosaico creo que lo que no debemos hacer es una práctica banal, una práctica que esté ajena a los contenidos éticos ni a los contenidos políticos, es decir, que yo no identifico un sólo marco teórico, por hablar más claro entre el marxismo con la única historia política transformadora posible, sino que entiendo que hay otros discursos históricos que pueden ser integrados también en una práctica política cotidiana, por que tengo una idea ya de la vida cotidiana y del valor de la transformación individual, pues seguramente, distinta a la que tenía hace 20 años. Confío más en la labor particular de transformación del individuo que en el poder general de las ideas para cambiar el mundo.

P: También habló de una innegable rehistorización de las ciencias sociales y humanas, que en un principio fueron fundadas ahistóricamente. ¿De qué manera afecta positiva o negativamente éste fenómeno a la historia dentro de su espectro investigativo?

R: De momento, este fenómeno no se percibe en todos lados por igual, eso está claro, quedan muchas posiciones en las cuales se mezclan cuantitativismo y visiones macroestructurales diríamos en términos amplios, en las cuales esa rehistorización no aparece todavía. Pero a medio plazo, a mi modo de ver, es una tendencia absolutamente visible, absolutamente perceptible, y esa transformación, sin duda, es un reto importante que no hay que ver de manera absolutamente optimista para la historiografía, porque de hecho pue-

de suplir el campo de la historiografía misma, qué es una sociología histórica bien implantada, bien argüida, bien fundada, con elementos empíricos, con el tiempo como elemento central, qué es sino historia social. Julián Casanova diría que no, diría no, no, no...la sociología es una cosa que han hecho los yanquis, ahí «burradas» y le sirve para sus negocios y tal... ¡bueno!, pero si ese mismo mecanismo instrumental, metodológico lo aplicamos con otros recursos, con transformaciones teóricas de fondo y demás, qué diferencia hay ¡eh!, la diferencia es de posición particular, Julián Casanova no quiere abandonar el marxismo y a mí no me importó, en su día, abandonar el poco marxismo del que me juzgaron que yo llevaba como bagaje. Pienso, que la cuestión es experiencial en ese sentido, pero volviendo al eje de la pregunta, verdaderamente puede afectar mucho, mucho. Ahora, de hecho lo que se observa en los campos en que esto se ha producido ya más desarrolladamente, es que quedan abolidos los límites entre las disciplinas, de hecho eso es lo que el antropólogo Clifford Geertz, ha llamado la confusión de géneros. Ya no podemos distinguir si no nos cuentan primero que el autor era antropólogo, sociólogo o que la autora era historiadora en su caso. Qué estoy leyendo. En muchos de los trabajos sobre vida cotidiana... por ejemplo en el panel de esta mañana, que hablaban de maternidad, paternidad, del cambio de los roles, allí lo que había sobre el tapete era sociología, sin embargo estaba hecho por historiadoras mayoritariamente, mujeres además. Somos las mujeres en buena medida las que llevamos al campo de la historiografía estas transformaciones rehistorizadoras de las ciencias sociales y estamos «horneando un buen pollo», como decimos en España, de cara al futuro. A mí no me preocupa, pero claro alguien me puede decir «a usted no le preocupa porque está instalada en el sistema» y yo aceptaría esa crítica, no me preocupa en cuanto que yo no he hecho nunca de la historia una obse-

sión particular, sino que mis intereses han sido muy variados, me encanta leer antropología, sociología, si me discute un sociólogo me aporta cosas que probablemente un historiador no me aporta, es decir, esas cosas a mí no me preocupan, pero no cabe duda que desde el punto de vista de la reproducción después de las disciplinas y de quienes las habéis de enseñar o investigar en el futuro, eso si puede ser un mecanismo de complicación, lo digo más claro, los historiadores podéis tener menos trabajo en el futuro si prospera la rehistorización y con esto no quiero meter el miedo en el cuerpo a nadie, pero si prospera la rehistorización de las ciencias sociales y además se produce que en esa mezcla de teoría y empírea, que las ciencias sociales están provocando, ofrecen productos mejores, más atractivos, más atractivos no sólo desde el punto de vista externo, sino también desde el punto de vista del conocimiento. Pues, un historiador tradicional que no se mueva de allá donde estaba se va a quedar relegado posiblemente. Bien se que este si es un problema desde el punto de vista profesional que quizás halla que plantearse, no para hacer una historia que no explique nada, sino a mí modo de ver, al contrario para hacer una historia que explique más, si cabe, que las ciencias sociales, o por lo menos que explique lo mismo.

P: Ha leído usted a algún historiador colombiano?

R: No, no, no, tengo que confesar que desdichadamente no, y sé muy poco de historia de Colombia. Dice un colega mío —al que respeto y aprecio mucho Juan Pablo Fusi— que los historiadores españoles que no son americanistas —aunque tengamos un rango alto— dan un folio, un papel en blanco o una cuartilla y no la rellenan entera, contesta él que tampoco sabe nada de América. Y desdichadamente ese es el problema de la mayoría de nosotros, por ello tengo que no he leído ningún colombiano.

P: Usted ha dicho que los historiadores deberíamos acercarnos al pos-estructuralismo o pos-modernismo de la Antropología para ahorrarnos una travesía del desierto. Qué es lo que realmente según usted nos vamos a ahorrar?

R: Bueno, nos vamos a ahorrar estar descubriendo lo que llamamos en Europa otra vez el Mediterráneo, estar diciendo que presentamos como elementos de novedad asuntos que ya no lo son en otras disciplinas y en cualquier caso dejarnos seducir si no hay más remedio por algún planteamiento, o realmente no tomarlos en cuenta o tomar en cuenta lo único que sirva verdaderamente para nuestros proyectos, esa sería la cuestión. Conociendo esto a fondo no volvemos a caer en la misma trampa, a fondo quiere decir leerse media docena de libros, no más, eso es a fondo para mí en este punto concreto que me plantea.

P: Usted ha prestado atención a la problemática relación que pueden tener los historiadores en su acercamiento con otras disciplinas. ¿Qué problemas se pueden presentar en la relación con la Lingüística?

R: Bueno, los mayores problemas desde el punto de vista práctico seguramente, porque la propia lingüística a evolucionado mucho a lo largo del siglo XX y ha evolucionado sobre todo en función de las filosofías lingüísticas —de Wittgenstein, pero no sólo de él— y en ese sentido se ha diversificado tanto. Eso que llamamos el giro lingüístico tiene tantos elementos de esa filosofía lingüística en la base que ahí es donde el esfuerzo de acercamiento a los supuestos teóricos es mayor. Y seguramente una profundización extrema implica el riesgo máximo, que es el riesgo de caer en la textualidad más absoluta, es decir en la confusión entre texto y contexto, o sea que no tenemos más que textos, ese es el riesgo mayor. Sin embargo, las cosas que nos vienen llegando, las cosas que vienen de Estados Unidos constantemente, nos muestran

que en los libros estructuralistas hay más textualidad de la que se ha querido observar. En estos mismos libros hay más riesgos de los que se han querido ver, y ese es el riesgo. Supongo que conociendo ese riesgo un poquito nos vamos a volver a hacer estructuralistas la mayoría de los historiadores —no se si me explico bien— porque el riesgo de mayor negación posible que tiene la historiografía estriba allí. Pero en cualquier caso nos lo bombardean constantemente desde Estados Unidos y aunque aquí venga más lentamente es seguro que penetra también. Bueno, no se trata de aprender filología pero sí de analizar con un poco de detenimiento las bases elementales de esta cuestión.

P: Usted ha mostrado preocupación por la medición de los márgenes hermenéuticos en las Ciencias Sociales, cómo poder medir estos márgenes en la Historia?

R: Cuando he discutido sobre estas cosas me refiero a las interpretaciones fabuladoras que se vienen haciendo del pasado, es decir, que tienen que ver en parte también con estas últimas influencias filosóficas, entre las cuales las filosofías lingüísticas se sitúan. La cuestión es que es corriente —aunque aquí no habrá llegado— encontrar textos que a la manera del autor Hayden White niegan que hayan diferencias entre la realidad y la ficción en un texto histórico.

Según estas interpretaciones los historiadores construimos tanta cantidad de ficción como de realidad, cuestión que no comparte, puesto que considero que existen unos márgenes hermenéuticos que hay que respetar. Acepto que podemos hacer interpretaciones muy distintas del pasado, las interpretaciones distintas nos llevan el uso de fuentes distintas, pero también los marcos teóricos implícitos o explícitos, pero hay un margen, hay un límite, el límite que no debemos transgredir porque entonces realmente sí que abolimos las bases deontológicas de la profesión. Dicho de otra manera, yo no puedo, con mi

conciencia tranquila, contarle cuentos a los alumnos y decirles que lo que estoy contando no tiene que ver con una base de verdad. Y eso es lo que a través de Hayden White y de autores como S. Schama, se apunta como un juego en parte, como una provocación en varias historiografías. Según éstos, los historiadores somos tan abiertos en nuestras interpretaciones que da igual todo, donde no hay una fuente nos la inventamos, eso es lo que hace Schama. En cualquier caso esta corriente de autores construye relatos, tan articulados, tan bien trabados como si fueran textos novelísticos, como si fueran elementos de ficción, que el lector se lo cree igual como si fuera un libro de historia hecho sobre fuentes suficientes, ese es nuestro margen. Pero el margen es ético o profesional o deontológico, el margen es no contar cuentos cuando uno enseña algo porque eso sí que no implica esa postura ética y política a la que yo me refiero como requisito imprescindible de mantenimiento de una profesión, casi como nuestro único hilo de enlace en estos momentos. Contar cuentos significa renunciar a cualquier capacidad transformadora de la Historia, abolir las fronteras entre la verdad y la ficción es exactamente eso. En el fondo la novela histórica serviría de mejor mecanismo de transformación que un libro de Historia.

P: Esta historia-relato que se preocupa más por la estética narrativa en la estructura del discurso y que además le presta especial atención a la irrupción del sujeto dentro de ella, cómo puede llegar a ser comprometida para un fin de transformación social?

R: Esta historia narrada no tiene porque no ser comprometida, allí es donde está el equívoco. Vamos a ver, del mismo modo que Michel De Certeau y Paul Ricoeur, digo yo, toda historia es narrada, toda articulación lingüística que tenga coherencia interna es una narración, lo que pasa es que hay tipos muy distintos en una narración, para que noso-

tros en la lógica occidental comprendamos lo que nos dice otra persona hay que narrar, podemos romper la conversación, podemos volver atrás, pero el relato es el núcleo de la comunicación, entonces en ese sentido es en el que el descubrimiento de una historia narrada puede facilitar la comunicación no ya sólo entre investigadores de distintas tendencias, sino también con una base democrática más amplia, dicho de otra forma, una historia que no tiene por que dejar de ser conceptualizante, porque los conceptos pueden estar embudidos en la narración, lo que llama el propio antropólogo que he citado antes Clifford Geertz, la "descripción densa" es la clave, yo puedo estar haciendo un relato histórico que esté lleno de conceptos, pero no tengo porque abrumar al lector con esos conceptos de una manera retórica aburrida. Los puedo esconder en palabras que a veces son más hermosas, pero el concepto es el mismo y si logro transmitir un relato me comprenderá más gente, me comprenderán no sólo los colegas sino me comprenderán también aquellos que supuestamente son sujetos de la transformación o aquellos a los que ayudamos en la transformación social, o sea que yo no estoy en contra de la historia narrativa porque confundir narración con narración banal es donde está el problema. Llamar retórico a todo lo que sea exposición coherente del lenguaje es donde está el problema, pero es que ese problema es de "sacerdotes", de gente que ha sido "cura", como Fontana, como cualquiera de los demás que ya he mencionado.

Que utilicemos los conceptos en su sentido científico-social o que los utilicemos en un sentido más corriente puede variar el estilo de comunicación, pero no quiere decirse que por utilizar palabras más comunes en el lenguaje, si están dotadas de significación, ese autor o esa autora sea menos profundo y menos conceptual que aquel otro que está tomando prestados los conceptos, porque los está tomando prestados de las Ciencias Sociales o de la teoría marxista, para hablar con

claridad. Es decir, la propia conceptualización marxistas puede ser seguramente trasladada a un lenguaje más fácil de entender para la mayoría de las personas, de la gente. Y esa es la cuestión, yo me enfado cuando la narración se identifica con trivialización del discurso, es verdad que hay mucha literatura historiográfica así, pero siempre la ha habido y lo que es cierto es que historiografía muy llena de conceptos y pocos elementos descriptivos es muy difícil de procesar, es muy difícil de aceptar y no lleva más que a debates esterilizantes, sin empírea, sin datos e información concreta que a veces en esa información concreta es donde esta la diferencia de verdad que sirve a su vez para construir otros modelos. Incluso, el gran libro estructural de Braudel, *El Mediterráneo* es una narración, lo que pasa es que ahí el sujeto –y esto enlaza con la cuestión del sujeto individual- es el mar, es un sujeto colectivo, geográfico que encaja perfectamente con las instrucciones de la escuela de Los Annales, es más humano, un sujeto que es el mar, un sujeto que es el individuo o el conjunto de individuos, porque cuando digo el individuo normalmente no pienso en el individuo aislado, sino en sociedad que es como funcionamos realmente.

Narración trivial, simplemente abre uno el libro, no interesa y lo tira. No más. Pero, narración densa que contiene conceptos, ideas, proyectos ¿por qué no?

P: Que opinión le merece a usted el que la encasillen dentro de la corriente de los posmodernos?

R: Eso a veces me divierte y a veces lo que me da es pensar en que no me han entendido nada, porque un posmoderno de verdad no defiende como yo he dicho aquí que nuestros límites hermenéuticos son la defensa de la realidad, ahora bien seríamos absolutamente soberbios si pensáramos que podemos conocer la realidad, la pasada. Si no podemos conocer siquiera la realidad que tenemos al-

rededor, tratamos todos los días entenderla de una manera u otra, para cambiarla o para dejarla como está, pero si eso ya nos cuesta cuanto más y venimos mediatizados por las palabras de los otros, por los signos, por los gestos ¡cuanto más! Con las huellas que tenemos ahí que a veces encontrarlas es producto del azar como lo sabe cualquier historiador que ha pasado tiempo en los archivos. Lo de que me llamen posmoderna no me preocupa, no lo he discutido mucho, pero cualquiera que lea bien mi trabajo empírico sobre política española o sobre historia cultural sabe que no es verdad. Ahora bien, yo no cierro los ojos ante la posmodernidad, esa sería la diferencia, aquí está y no la combato tremendamente, pues creo que hay cosas más importantes en la vida que combatir, por que a veces me da la sensación de que se le llama posmodernidad a cosas que son simplemente mecanismos de descompresión del fuerte corsé estructuralista, de la necesidad de encontrar el sujeto humano en la historiografía. Cuando los historiadores llamamos posmoderno a alguien que está preocupándose de encontrar el sujeto humano, ya no me vale ese historiador. No ha entendido nada, pero me llaman posmoderna muchos alumnos, incluso alumnos que tengo cerca y que me están escuchando ahora, así que alguna pista daré para que se piense que soy posmoderna.

P: Bueno, es usted misma la que ha afirmado esta cuestión cuando dice en su libro que pueden haber síntomas de posmodernidad en la estructura del texto, por lo de las citas y la forma que recomienda para leerlo...

R: Claro, claro, por lo de las citas y por la propia invitación a leer el texto fragmentado, eso sería lo que sí acepto. Y sobretodo yo reconozco que tengo una curiosidad extraordinaria por las cosas nuevas, eso no me lleva a barrer con las viejas necesariamente. Ya digo, seguramente leyendo mi obra empírica

se nota que soy más "viejada" en ese sentido de lo que se cree, pero lo nuevo que hacen los demás me interesa extraordinariamente. Me interesa también, yo creo, aunque nunca lo he reflexionado así, pero supongo que para no envejecer demasiado frente a los estudiantes, en España los profesores tenemos que llegar hasta los 70 años tal como está la legislación ahora. Si me "esclerotiso" y ellos cambiando, pues... me quedan 20 años, más de 20 años —si no me muero antes claro— por trabajar, entonces creo que es un mecanismo intuitivo, no reflejo, no reflexionado pero defensivo también, o sea tengo que enterarme de qué quieren los demás y en España, desde luego, los estudiantes van muy por delante de ello.

P: Eso no sería un poco jugarle a las modas?

R: Sí, claro por qué no, pero todos jugamos a las modas. Si me permites es algo que a lo mejor en el poco tiempo que llevo aquí en Colombia no debería decir, pero sí. Vosotros también tenéis modas, ahora, los ritmos del movimiento de las modas, la adecuación a la sociedad en general es muy distinta según los países. Ahora bien, entiendo la pregunta en el sentido de modas venidas de fuera a la sociedad española, es que la sociedad española ahora mismo es muy permeable al exterior y sobretodo a lo norteamericano. Entonces, eso lo iréis viendo. Cómo hacer exclusión a la moda si nos vestimos más o menos así como los demás quieren vernos vestir, eso que creemos que es nuestra personalidad es una cosa muy reducida, yo ahí sí que veo la libertad del individuo muy mermada por cómo queremos reflejarnos en los ojos de los demás, seguramente a la gente que apreciamos, a la que queremos. Entonces, si es así para el vestido cómo no va a ser así para el modo de pensar y el modo de organizar todo lo que hacemos.

P: Pero no se estaría corriendo siempre el riesgo de pasar de moda?

R: Claro, pero siempre hay otra moda y siempre puede uno además darse el lujo de decir soy de moda, estoy pasada de moda y, bueno, en muchas cosas estamos todos pasados de moda, la gente de mi edad quiero decir, unos más que otros. La cuestión no es tanto —ahora hablando en serio— ir detrás de las modas para que todo el mundo diga que me entero de lo que hay, como es sinceramente, si lo que veo, si lo que está ahí lo percibo por qué no decirlo y por qué no jugar con ello de una manera, yo creo que es más inteligente y sería soberbio decirlo, pero es más práctico. Con este tipo de asuntos entiendo también mejor la manera de trabajar de mis estudiantes, la manera de recibir libros, oriento lecturas y las reconduzco, es decir, esto me permite una flexibilidad mayor. Y como decía al principio y aunque parezca contradictorio, la dialéctica —y ésta es palabra clásica— entre la profesión en la que estoy y los estudiantes a los que me debo son los que ayudaron a formar las notas de trabajo sobre las cuales está construido el libro *Los caminos de la historia*. Entonces, esa es la cuestión, no perder mucho de vista lo que viene pues los estudiantes lo demandan y lo reclaman, no dejar tampoco a otros colegas que digan demasiadas tonterías, ¡que a lo mejor las que las dice soy yo!. Pero en cualquier caso no perder comba y luego realmente poder trabajar en la medida de lo que uno cree, yo creo que la historia que hago es bastante clásica y mi modo de vida también lo es, aunque no me dan miedo los cambios, ni de tipo social, esto siempre es relativo, en general eso es lo que podría decir, pero claro que sí las modas siempre están ahí para torturarnos y después para dejarnos en la "cuneta". Muchas de estas cuestiones pasaran de moda, pues no lo podría yo decir del todo, seguramente dentro de la profesión —y volviendo a otra de las preguntas anteriores— los cambios de modos teóricos que más se mantendrán

son los que más tienen que ver con el núcleo duro de la profesión, con el núcleo antiguo. Por un lado con los viejos principios de acercamiento de la historia clásica a la historia económica y social y por otro lado, con la pauta político-historicista, esa sería mi conclusión en ese sentido, que al abandonar la

moda y al quedarse uno perdido en las cunetas de las modas quienes sacaran adelante más beneficios serían los que se hubieran movido en un ámbito o en otro de los dos, por que seguramente mucho de esto pasará de moda ¡como no! Todo.



de pensar y el modo de organizar todo lo que